

Las luces no bajan la colina

Yo sÃ© que me esperas, que calentaste la cena tres veces y que no llego. Yo sÃ© que no llego. SÃ© que caminas alrededor de la ventana atisbando las luces del carro bajando la colina. SÃ© que las luces no bajan la colina. QuizÃ¡ bajen otras luces para que tu corazÃ³n se alivie con las promesas rodantes entre el plato reluciente de la mesa y el plato reluciente de la luna. Pero las luces que bajan la colina no son las mÃ-as. Has de comprender que estos aÃ±os son hostiles. Que sigo trabajando en esta larga noche con hambre y con sueÃ±o, necesitando el calor de tu alegrÃ-a y evocando los platos relucientes de la luna, pero te olvido rellenando otra vez la taza de cafÃ© para que una certeza de acero me sostenga en la madrugada: tendrÃ¡s una vejez tranquila. Te voy a comprar una casa pequeÃ±a pero elegante, con un jardÃ-n y muchas estrellas.

Ã Ã Ã Ã Has de comprender el miedo (que nunca nombro porque somos personas de carÃ¡cter), el miedo que me mantiene de pie en la distancia. El miedo de que sufras privaciones en la vejez. El cÃ¡lculo de que cuando tÃº estÃ©s viejo yo tambiÃ©n lo estarÃ© y que quizÃ¡ no haya entonces con quÃ© rellenar los platos de la luna. Mientras trabajo, imagino la ilusiÃ³n que vas a tener con las alegres macetas de geranios que te voy a comprar para que tÃº las riegues, para que tÃº las cuides. A mÃ- me duelen las vidas de los poetas jÃ³venes sin protecciÃ³n del gobierno al que no sirven, pero tambiÃ©n me deja perpleja el misterio entre el frÃ-o y los pies. El misterio de las medias y los zapatos. El misterio por el que los hijos de los poetas maduros sirven al gobierno que no quieren para cubrirles los pies a sus padres, los poetas mayores que se inician en el camino de la vejez.

Ã Ã Ã Ã Por esto es que no llego, por esto es que estoy siempre ausente, por eso es que no ves mi rostro reflejado en el plato reluciente, por eso es que mi atenciÃ³n no se acomoda en la butaca junto a ti. Pensando en el maÃ±ana, padre. Sacando cuentas venideras, calculando todos los gastos que el maÃ±ana traerÃ¡ cuando seamos viejos los dos y nuestros pies confronten los misterios. Ese dÃ-a llegarÃ¡. AsÃ- es que me ves con el ceÃ±o fruncido, porque es mucho lo que tengo que calcular entre el pie y el misterio. SabrÃ¡s comprenderme al fondo de la colina oscura, tÃº que manejas la mecÃ¡nica celeste y yo que no alcanzo a contarme los dedos. Eso de tener una mente metafÃ©rica es una gran dificultad a la hora del cÃ¡lculo progresivo.

Ã Ã Ã Ã Yo voy viendo tus sienas platearse, yo voy viendo tu paso mÃ¡s lento, yo voy escuchando tu voz bajar de tono, pero no puedo percibir que vas envejeciendo. Los emblemas no cambian y la luz enceguece. Hay otra gente como yo, con la mente metafÃ©rica, que tampoco se da cuenta de que sus padres se van marchando poco a poco, y no hacen nada como para valorar esos detalles que van cambiando la vida de aquellos que a su vez tal vez tambiÃ©n tengan la mente metafÃ©rica puesto que de alguna parte saliÃ³, pero que la han educado a la fuerza para poder resolver el misterio entre el zapato y el pie.

Ã Ã Ã Ã Un puro madrugar ha sido su agobio, un puro madrugar para alegrar a sus hijos bajo un cielo elegante con estrellas. Yo, que no he podido educar a mi mente para dilucidar la relaciÃ³n entre la luz y la sombra y cuanto menos los misterios entre los signos y el tiempo, no le expliquÃ© a tu cabello ni a tu paso ni a tu voz el sinsabor de mi silencio, ni el porquÃ© de mi carÃ¡cter que se habÃ-a agriado. AsÃ- que todas las dudas han quedado terriblemente de pie, entre tÃº, acostado ahÃ- muy quieto, y yo, sentada detrÃ¡s de tu ataÃºd, organizando aÃ±o en mi memoria venidera los detalles por ajustar para tu mejor porvenir, por si acaso levantara alguien la tapa que cerrÃ© y no pudiera yo contestar a las muchas preguntas de tu mirada. La mente metafÃ©rica es la mÃ¡s insuficiente de todas.

Ã

El invernadero

Y tambiÃ©n fue triste, como tantas otras, la historia del invernadero. Los aÃ±os inmediatos a tu muerte los dediquÃ© en silencio a cuidar las plantas. No eran tus plantas, no eran mis plantas, eran unas plantas nuevas, casuales, de nadie. Unas de aromas, otras de colores, otras muy frÃ¡giles y otras de formas muy diversas que con el azar del tiempo fueron creciendo entre las tablas de madera del jardÃ-n. Mucho luchÃ© para que vivieran pues ya conocÃ-a yo el yermo que deja la muerte. Entonces cuidÃ© las plantas adentro de la casa en el invierno y las defendÃ- de las ardillas en el verano. Las ardillas les desenterraban las raÃ-ces y cada dÃ-a amanecÃ-a un reguero de tierra triste y una pequeÃ±a devastaciÃ³n que me hacÃ-a estremecer de angustia. Vuelta a enterrar los delgados hilos sorprendidos, vuelta a apretar la tierra alrededor para que se sostuvieran otra vez sus maltratadas vidas. Algunas de ellas volvÃ-an a levantarse hasta colgar como racimos de luces verdes, otras se desparramaban en forma horizontal abriendo sus diminutas campanas y entrelazÃ¡ndose con las vecinas.

Ã Ã Ã Ã Pero lo mÃ¡s hermoso era verlas renacer en cada primavera. Yo sabÃ-a que la primavera vendrÃ-a pronto porque escuchaba cercano el antes lejano canto de los pÃ¡jaros, pero lo sabÃ-a principalmente porque empezaban a aparecer unas gotitas de color verde transparente sobre la madera oscura. Esas gotitas eran mis pÃ¡jaras quietas, mis pajaritas que no volaban, mi cajita de joyas, mis niÃ±as que no se iban, mis poemas, la memoria de otras manos amadas regando la vida. CuÃ¡nto significaba su presencia para mÃ-. MirÃ¡ndolas se me salÃ-an lÃ¡grimas de amor, lÃ¡grimas de risa, lÃ¡grimas de paz. Entonces me mudÃ© a otra ciudad y las plantas viajaron en la parte del camiÃ³n donde deben viajar las princesas. En la casa nueva habÃ-a un vivero. La casa vino con casa para mis hijas. Toda la familia tuvo casa con arcabuz para la luz, con sofisticados irrigaderos, con estantes y transparencias de cristal protegÃ©ndolas de las ardillas.

---

No más heridas, no más entierros y desentierros, no más violencia. El sol ofrecía la temperatura adecuada para la vida delicada: y aquí tienes tu casita, chirinchinchín, que Dios nos dio para el silencio y la dulzura de estarnos solas así sin peligro, así sin dolor.

Las plantas llegaron conmigo a inaugurar la casa de la soledad, a mantener vivo el hogar, el cuidado, la estufa, el suave fuego de cada mañana. Ellas eran mis hijas, mis pequeñas, mis panes en el horno, mis lunas calientes, mis bombillos. Ellas eran la prueba de la vida, ellas eran las cartas de la ausencia, ellas eran el agua saltando de sus esquinas: y vuelta y vuelta, sólo un poquito más, violeta de tu color espantado sin querer, sólo un poquito, despacito, para que te entre este chorrillo de humedad, para que vivas, para que crezcas, para que siempre florezcas. Y ahora me esperan todas muy quietas, mis pequeñas siempre jugando a la estatua, porque tengo que viajar a causa del trabajo para nuestra manutención, para la manutención de este pequeño vivero protector, chirinchinchín, que Dios nos dio para la belleza de cada mañana y el temblor de las lucecitas en sus primeros colores. Pero esa noche de ausencia cayó una nevada repentina y cuando regresé encontré a mis hijas muertas en un desorden seco y marrón que no tenía ningún color sino sólo fin y devastación. Y el invernadero era entonces un cementerio sin deudos porque toda la familia murió junta cuando la calefacción quedó demasiado baja para ahorrar calor. Mijita, mis hijitas, mi chirinchinchín, todo ha terminado.